

Esto, como era de esperar, produjo un choque con la fuerza pública, del cual resultaron dos compañeros acuchillados y dos policías gravemente heridos; pero el símbolo de redención se salvó de la refriega, siendo conducida en triunfo al salón donde se celebró después un animado mitin. Creo inútil agregar que los llamados jefes iban entre la masa y pelearon como todos los demás. En el asunto resultaron complicados cerca de treinta ciudadanos suizos, todos los cuales demandaron el ser procesados, y los dos que hirieron á los agentes se presentaron espontáneamente, confesándose autores del hecho. Mucho ganó la idea cuando se vió en la Audiencia esta causa, pues quedó demostrado que todas las libertades deben defenderse con energía, si se quiere que no se pierdan. Gracias á semejante actitud, las sentencias fueron relativamente leves, no pasando la máxima de tres meses de cárcel.

El gobierno de Berna, sin embargo, prohibió el que se sacara á la calle la bandera roja en ningún lugar del cantón, en vista de lo cual, la Federación del Jura decidió hacer lo contrario, aceptando el reto de las autoridades de San Imier, donde debíamos celebrar nuestro congreso anual aquel año. Esta vez casi todos íbamos armados y dispuestos á defender nuestra bandera hasta el último extremo. Un fuerte destacamento de policía había sido colocado en una plaza para cerrar el paso á la manifestación, y una parte de la milicia se hallaba dispuesta, con pretexto de tirar al blanco, en un campo inmediato, cuyos disparos oíamos distintamente al recorrer la población. Pero cuando nuestra columna apareció en la plaza y se juzgó por su aspecto que el choque habría de revestir un carácter de gravedad, el alcalde nos dejó seguir nuestro camino, sin molestarnos hasta llegar al salón donde se debía celebrar la reunión referida.

Ninguno de nosotros deseaba un rompimiento; pero el influjo de aquella marcha en orden de combate, acompañada de música marcial, fué de tal índole, que no puedo decir cuál de estos dos sentimientos dominaba más en nosotros en el primer momento de nuestra llegada al salón: si el de satisfacción por habernos librado de una lucha que ninguno deseaba, ó el de disgusto porque aquélla no se hubiera realizado. El hombre, en verdad, es un ser muy complejo.

* * *

Nuestra principal actividad, sin embargo, estaba invertida en desenvolver los aspectos práctico y teórico del socialismo anarquista, y en este sentido la federación ha realizado, indudablemente, algo que durará.

Veíamos que una nueva forma de la sociedad empezaba á germinar en las naciones civilizadas, la cual debía reemplazar á la antigua; una sociedad de iguales, donde nadie se verá obligado á vender sus brazos y su inteligencia á aquellos que quieran emplearlo cuando y como mejor le convenga, sino que todos podrán aplicar sus conocimientos y aptitudes á la producción en un organismo de tal modo constituido que, al mismo tiempo que combine los comunes esfuerzos, á fin de procurar la mayor suma posible de bienestar para todos, deje á cada uno la mayor libertad imaginable, con objeto de que pueda manifestarse sin obstá-

culos toda iniciativa individual. Esta sociedad se compondrá de una multitud de asociaciones federadas para todo aquello que reclama esta forma de agrupación: federaciones de oficios para la producción en general, agrícola, industrial, intelectual, artística; municipios encargados de organizar el consumo, proporcionando alojamiento, alumbrado, alimentos, servicio sanitario, etc.; federación de los municipios entre sí, y de éstos con las organizaciones de oficio, y, finalmente, grupos más extensos, abarcando una ó varias regiones, compuestos de individuos encargados de colaborar para la satisfacción de aquellas necesidades económicas, intelectuales, artísticas y morales que no se hallan limitadas á un país determinado. Todo esto se combinará directamente por medio del concierto libre, del mismo modo que las compañías de ferrocarriles ó las centrales de correos de diferentes naciones cooperan actualmente, sin tener un gobierno encargado de su dirección, y esto sucede, á pesar de estar las primeras actuadas por móviles puramente egoístas, y pertenecer las segundas á diferentes y aun antagónicos Estados, ó como los meteorólogos, los clubs alpinos, las estaciones de botes salvavidas en la Gran-Bretaña, los ciclistas, los maestros y otros, se combinan para toda clase de trabajo en común, ya se trate de empresas intelectuales ó simplemente de recreo y placer. Habrá libertad completa para el desenvolvimiento de nuevas formas de producción, inventos y organización, y la iniciativa individual será estimulada, haciéndose lo contrario con la tendencia hacia la uniformidad y centralización. Además, esta sociedad no estará cristalizada en ciertas é invariables formas, sino que modificará continuamente su aspecto, porque será un organismo vivo y sujeto á la evolución, no sintiéndose la necesidad de tener gobierno, porque el libre acuerdo y la federación lo reemplazarán en todas aquellas funciones que el Estado considera suyas al presente, y porque también, habiéndose reducido las causas de conflicto, los que aun se vean surgir pueden someterse fácilmente al arbitraje.

Ninguno de nosotros desconocía la importancia y magnitud del cambio á que aspirábamos. Comprendíamos que las ideas corrientes respecto á la necesidad de la existencia de la propiedad de la tierra, fábricas, minas, habitaciones y todo lo demás, como medio de asegurar el progreso industrial, y del sistema del salario, como la manera de obligar los hombres á trabajar, no cederían fácilmente el puesto á concepciones más perfectas de propiedad y producción socializadas. Sabíamos que una propaganda penosa y una larga serie de combates, de rebeldías individuales y colectivas contra el régimen de propiedad existente, de sacrificios personales, de movimientos y revoluciones parciales habían de surgir, y por ello era necesario pasar antes que las naturales ideas sobre la propiedad privada sufrieran modificación. Y no ignorábamos tampoco que el actual modo de pensar concerniente á la necesidad de la autoridad, en el cual todos habíamos sido amamantados, no era posible ni debía esperarse que fuera abandonado de una vez por los pueblos civilizados.

Largos años de propaganda y una prolongada serie de actos parciales de rebeldía contra la autoridad, así como una modificación radical en la enseñanza que hoy se desprende de la historia, se hacían indispensables antes de que los hombres comprendieran que se habían engañado al

atribuir á sus gobernantes y sus leyes lo que se derivaba en realidad de sus inclinaciones y hábitos sociales. Todo eso lo conocíamos, pero sabíamos también que, al predicar la reforma en estas dos direcciones, ayudaríamos á la corriente del progreso humano.

Cuando adquirí un conocimiento más exacto de las poblaciones obreras y de los que con ellos simpatizaban, procedentes de las clases más ilustradas, pronto me convencí de que apreciaban su libertad personal más aún que su bienestar material.

Hace cincuenta años, los trabajadores estaban dispuestos á vender su libertad personal á los gobernantes de todas clases y hasta á un César, á cambio de una promesa de mejoramiento material; pero hoy, afortunadamente, eso ya no sucede. Vi igualmente que la fe ciega en los gobernantes elegidos, aun cuando lo hubieran sido entre los jefes más caracterizados del movimiento obrero, iba desvaneciéndose entre los trabajadores de los pueblos latinos. « Primero necesitamos saber qué es lo que hace falta, para poder después realizarlo por nosotros mismos », era una idea que encontré muy desarrollada entre ellos, mucho más extendida de lo que generalmente se cree. La sentencia ya consignada en los estatutos de la Internacional, y que decía: « La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos », halló en todas partes generales simpatías, y ha echado raíces en las conciencias. Siendo plenamente confirmada por la triste experiencia de la Commune.

Al estallar la insurrección, un considerable número de hombres, pertenecientes á la clase media, estaba dispuesto á dar, ó al menos á aceptar, un nuevo paso en el sentido de reforma social. « Cuando mi hermano y yo, saliendo de nuestro modesto alojamiento, nos encontrábamos en la calle — me dijo una vez Elíseo Reclus —, por todas partes nos preguntaban personas pertenecientes á las clases más acomodadas: « Decidnos lo que hay que hacer. Estamos dispuestos á ensayar un nuevo régimen ». Pero *nosotros* no nos hallábamos aún preparados para responder á esa interrogación ».

Jamás gobierno alguno había sido tan verdaderamente representante de todos los partidos avanzados como lo fué el Consejo de la Commune, elegido el 25 de Marzo de 1871. Opiniones revolucionarias de todos los matices, como blanquistas, jacobinos é internacionales, se hallaban representadas en él en justa proporción. Y, sin embargo, como los trabajadores no tenían ideas claras de reformas sociales que imprimir á sus representantes, el gobierno de la Commune no hizo nada en semejante sentido. El solo hecho de haber estado encerrados en el *Hotel de Ville* y alejados de las masas, hubiera bastado á paralizarlos.

Para que triunfe el socialismo, las ideas de no gobierno, de confianza en sí mismo, de libre iniciativa, del anarquismo, en una palabra, tienen necesariamente que propagarse, al mismo tiempo que las de la socialización de la propiedad y la producción.

Nosotros, indudablemente, preveíamos que si se dejaba al individuo en libertad completa para expresar sus ideas y para obrar en conformidad, habríamos de tropezar con algunas extravagantes exageraciones de nuestros principios, cosa que yo había visto en el movimiento nihilista en Rusia. Pero confiábamos — y la experiencia ha demostrado que teníamos razón — que la vida social por sí misma, acompañada de una

franca y sincera crítica de opiniones y actos, sería el medio más eficaz de depurar las opiniones y despojarlas de inevitables exageraciones. Ajustábamos, pues, nuestra conducta al antiguo adagio que dice que los males momentáneos que produce la libertad con ella misma se curan. Existe en la humanidad un núcleo de hábitos sociales — herencia del pasado, no apreciada aún debidamente — que no se mantiene por la imposición y es superior á ella. Sobre él está basado todo el progreso de la humanidad, y mientras ésta no empiece á deteriorarse física é intelectualmente, no hay temor de que lo destruya ninguna clase de crítica ó de protesta pasajera que se levante contra él. En tales opiniones me he ido afirmando cada vez más, á medida que aumentaba mi conocimiento de hombres y cosas.

Nos hicimos cargo, desde luego, de que semejante cambio no es posible que se produzca por la iniciativa de un hombre de genio, que no puede ser la obra de una individualidad aislada, sino el resultado del trabajo constructivo de las masas; así como las formas de procedimiento judicial que se elaboraron en la primera época del período medioeval, la comunidad del pueblo, el municipio, la ciudad de entonces y los fundamentos de la ley internacional, fueron la consecuencia de la labor constante del pueblo mismo.

Muchos de nuestros predecesores se han ocupado de describir sociedades ideales, basándolas generalmente sobre el principio de autoridad, y en raras ocasiones sobre el de la libertad. Robert Owen y Fourier han dado al mundo sus concepciones de una sociedad libre, orgánicamente desarrollada, en oposición á aquellas otras de forma piramidal, copiadas del imperio romano ó de la Iglesia católica. Proudhon ha continuado la obra de los primeros, y Bakounin, aplicando su claro y profundo conocimiento de la filosofía de la historia á la crítica de las presentes instituciones, « construyó en tanto que demolía ». Pero todo eso no era más que un trabajo preparatorio.

La Asociación Internacional de Trabajadores inauguró un nuevo medio de resolver los problemas de la sociología práctica, apelando á los trabajadores mismos. Los hombres instruídos que habían ingresado en la referida asociación, sólo se encargaron de ilustrar á los primeros respecto á lo que ocurría en otros países, analizar los resultados obtenidos y más tarde ayudarlos á formular sus conclusiones.

No pretendimos hacer surgir un Estado ideal, como consecuencia de nuestros puntos de vista teóricos respecto á lo que *debería ser* la sociedad, sino que creímos más acertado invitar á los trabajadores á investigar las causas de los presentes males, y en sus discusiones y congresos considerar los aspectos prácticos de una organización social mejor que esta en la cual vivimos.

Una proposición presentada en un congreso internacional se recomendaba como objeto de estudio á todas las uniones de oficios. En el transcurso del año era discutida en toda Europa, en las pequeñas asambleas de las secciones, con profundo conocimiento de cada industria y cada localidad, después de lo cual el dictamen de aquéllas se presentaba en el primer congreso de cada federación regional, siendo finalmente sometido, en una forma más acabada, al próximo congreso internacional.

La estructura de la sociedad por la que tanto habíamos suspirado,

se hallaba realizada, partiendo la impulsión de abajo á arriba, teórica y prácticamente, correspondiendo á la Federación del Jura una parte importante en la elaboración del ideal anarquista.

En cuanto á mí, colocado como estaba en tan favorables condiciones, pronto llegué gradualmente á comprender que el anarquismo representa algo más que un mero modo de acción y una mera concepción de una sociedad libre y que forma parte de una filosofía natural y social, que debe desarrollarse de una manera completamente distinta de los sistemas metafísicos y dialécticos empleados en las ciencias que se ocupan del hombre. Vi claramente que debe ser tratado por los mismos procedimientos aplicados á las ciencias naturales, no ciertamente en el terreno inseguro de simples analogías, tales como las que acepta Heriberto Spencer, sino sobre las sólidas bases de la inducción aplicada á las instituciones humanas. Haciendo por mi parte cuanto me era posible por trabajar en esa dirección.

V.

En el otoño del 77 se celebraron dos congresos en Bélgica: uno de la Asociación Internacional de Trabajadores en Verviers, y el otro, socialista é internacional, en Gante. El último, sobre todo, era importante, pues se sabía que los demócratas socialistas alemanes intentarían reunir todo el movimiento obrero de Europa en una organización dependiente de un comité central, que vendría á ser el antiguo consejo general de la Internacional con otro nuevo nombre. Era, pues, necesario preservar la autonomía de las organizaciones obreras en los pueblos latinos, é hicimos cuanto estuvo en nuestras manos por estar bien representados en dicho congreso. Yo asistí á él bajo el seudónimo de Lavashoff; dos alemanes, el tipógrafo Werner y el mecánico Rinke, hicieron casi todo el viaje á pie desde Basel á Bélgica, y aunque entre todos no éramos más que nueve anarquistas en Gante, conseguimos hacer fracasar el proyecto de centralización.

De entonces acá han pasado veintidós años; varios han sido los congresos socialistas internacionales celebrados, y en cada uno de ellos ha surgido nuevamente la misma contienda; los demócratas socialistas, procurando alistar bajo sus banderas y tener bajo su dominio á todo el movimiento obrero europeo, y los anarquistas oponiéndose á ello y evitándolo.

¡Qué cantidad tan grande de fuerza perdida, de palabras fuertes cambiadas y esfuerzos divididos, sencilla y únicamente porque los que han adoptado la forma de « conquista del poder dentro del estado actual » no comprenden que la actividad en este sentido no puede abarcar todo el movimiento socialista! Desde sus comienzos, el socialismo siguió en su desenvolvimiento tres líneas independientes representadas por San Simón, Fourier y Robert Owen. El sansimonismo ha venido á parar en la democracia socialista, y el fourierismo en el anarquismo, en tanto que el owenismo se desarrolla en Inglaterra y los Estados Unidos bajo la forma de uniones de oficios, cooperación y el llamado socialismo municipal, permaneciendo hostil al socialismo de Estado demócrata socialista y teniendo muchos puntos de contacto con el anarquismo. Pero

á causa de no haberse logrado reconocer que los tres se dirigen hacia una meta común por tres caminos diferentes, y que los dos últimos contribuyen eficazmente al progreso humano, se ha dejado transcurrir un cuarto de siglo ocupados en la ingrata tarea de realizar la imposible utopía de un solo movimiento obrero, según el molde demócrata socialista.

* * *

El congreso de Gante terminó para mí de un modo inesperado. A los dos ó tres días de su inauguración supo la policía quién era Lavashoff, y recibió la orden de arrestarme por haber faltado á las ordenanzas gubernativas al dar en el hotel un nombre supuesto.

Mis amigos belgas me previnieron de lo que ocurría; me aseguraron que el ministerio clerical, que estaba en el poder, era capaz de entregarme á Rusia, é insistieron en que desde luego abandonara el congreso, empeñándose en que no había de volver al hotel. Guillaume me cerró el paso, diciendo que tendría que hacer uso de la fuerza material si insistía en querer ir á él. Tuve, pues, que marcharme con algunos compañeros de la localidad, y apenas me uní á ellos, empecé á oír voces veladas y silbidos que partían de todos los ángulos de una plaza poco alumbrada, en la que había diseminados grupos de trabajadores; todo aquello parecía muy misterioso; al fin, después de mucho cuchicheo y vacilaciones, varios compañeros me llevaron á casa de un obrero demócrata socialista, donde tenía que pasar la noche, y quien me recibió, a pesar de ser yo anarquista, con la afabilidad y cariño de un hermano.

A la mañana siguiente tomé de nuevo el camino para Inglaterra á bordo de un vapor, provocando benévolas sonrisas entre los aduaneros ingleses, que me preguntaban por mi equipaje, cuando yo no llevaba más que un pequeño saco de mano.

No permanecí largo tiempo en Londres. En las admirables colecciones del Museo Británico estudié los principios de la Revolución francesa — de qué modo surgen las revoluciones —, pero necesitaba más actividad, y pronto me fui á Paris. Un renacimiento de agitación obrera empezaba allí después de los tristes sucesos de la Commune. Con el italiano Costa y los pocos amigos anarquistas con que contábamos entre los trabajadores de la gran ciudad, así como con Julio Guesde y sus colegas, quienes no eran estrictamente demócratas socialistas en aquella época, formamos los primeros grupos socialistas.

Nuestros comienzos fueron ridículamente pequeños: una media docena nos reuníamos en un café, y cuando en un mitin reuníamos un auditorio de cien personas, nos considerábamos dichosos. Nadie hubiera podido calcular entonces que dos años más tarde el movimiento se hallaría en todo su apogeo.

Pero en Francia las ideas tienen su modo especial y característico de desarrollarse; cuando la reacción ha vencido, todas las trazas visibles de agitación desaparecen, siendo pocos los que se hallan dispuestos á luchar contra la corriente. Pero de un modo algo misterioso, por una especie de infiltración de las ideas, se le empieza á minar el terreno á la reacción; una nueva corriente se presenta, y entonces obsérvase de manera evidente y repentina que lo que se juzgaba muerto, no sólo

se halla vivo, sino que ha ido extendiéndose y ensanchándose durante todo ese tiempo, y tan pronto como la manifestación de la conciencia pública se hace posible, miles de partidarios, cuya existencia nadie sospechaba, aparecen en escena. « Hay en París — solía decir el antiguo revolucionario Blanqui — cincuenta mil hombres que nunca van á un mitin ó una manifestación, pero que, desde el momento que ven que el pueblo está en la calle, acuden á prestar su concurso y favorecer la insurrección ». Otro tanto pasó entonces: no llegábamos á veinte los promovedores de la agitación, ni á doscientos los que la sostenían abiertamente. En la primera conmemoración de la Commune, en Marzo del 78, con seguridad que no llegábamos á ese número; pero dos años después, una vez votada la amnistía, la población de París salió á la calle á recibir á los comunistas que volvían, acudiendo á millares á vitorearlos en los mitins, y el movimiento socialista adquirió una rápida expansión arrastrando en pos de sí á los radicales.

Antes de ese momento, la situación era aún difícil, y una noche, en Abril del 78, Costa y un compañero francés fueron presos, siendo condenados á diez y ocho meses de cárcel, por internacionales. Yo me escapé de correr la misma suerte, debido sólo á una equivocación: la policía buscaba á Lavashoff, y fué á detener á un estudiante ruso cuyo nombre era muy parecido á ese; y yo, que había dado el verdadero mío, seguí viviendo en París un mes más, marchando luego á Suiza, donde me llamaban.

VI.

Durante esta permanencia en París trabé mis primeras relaciones de amistad con Turguéneff, quien había expresado á nuestro común amigo P. L. Lavroff el deseo de verme, y, como un verdadero ruso, celebrar mi fuga con un modesto banquete familiar.

Con un sentimiento de profundo respeto, que rayaba en veneración, atravesé los umbrales de su puerta. Si con sus *Notas del Cazador* prestó á Rusia el inmenso servicio de hacer más odiosa aún la servidumbre (en esa época ignoraba yo que había colaborado en una publicación tan importante como *La Campana*, de Herzen), con sus demás novelas fué igualmente muy útil á su patria. El ha mostrado lo que es la mujer rusa, qué grandeza de pensamiento y corazón atesora, y lo que puede ser como inspiradora del hombre, haciéndonos ver de qué modo aquellos á quienes con algún fundamento se les considera como seres superiores miran á las mujeres que aman. En mi ánimo, como en el de miles de mis contemporáneos, esta parte de su doctrina causó una impresión indeleble, mucho más eficaz que los mejores artículos sobre los derechos de la mujer.

Su aspecto es bien conocido: alto, de fuerte complexión, la cabeza cubierta de una fina y espesa cabellera gris; era lo que se llama una figura hermosa; en sus ojos brillaba la inteligencia, descubriéndose en su mirada un toque de dulce ironía, y todas sus maneras atestiguan esa sencillez y falta de afectación que son características de los mejores escritores rusos. Su admirable cráneo revelaba un vasto desarrollo cerebral, y á su muerte, cuando Pablo Bert y Pablo Reclus (el

médico) pesaron su masa encefálica, tanto aventajaba á la más pesada de las entonces conocidas — la de Cuvier —, pasando de los dos mil gramos, que, desconfiando de su balanza, buscaron otras, á fin de comprobar la operación.

Su conversación era indudablemente notable: hablaba como escribía, en imágenes; cuando quería desarrollar un pensamiento, no acudía á argumentos, á pesar de ser un maestro en discusiones filosóficas, sino que lo ilustraba con un cuadro, presentado en forma tan artística como si hubiera sido tomado de una de sus novelas.

« Debéis conocer muy á fondo el carácter francés, el alemán y el de otros pueblos, á causa del tiempo que habéis vivido en el extranjero — me dijo una vez —. ¿No habéis notado que hay una profunda sima entre muchas de sus concepciones y el modo de ver que nosotros, los rusos, tenemos sobre el mismo particular, existiendo puntos sobre los cuales jamás nos pondremos de acuerdo? ».

Yo le contesté que no me había fijado en ello.

« Sí, los hay — replicó él —. He aquí un ejemplo: una noche nos hallábamos en el estreno de una comedia; yo estaba en un palco con Flaubert, Daudet y Zola. (No estoy seguro de que nombrase á ambos, Daudet y Zola, pero sí de que indudablemente se refirió á uno de los dos). Todos eran hombres de opiniones avanzadas, y el argumento de la obra tal como sigue: Una mujer, después de separarse de su marido, había vuelto á amar, y ahora vivía con otro, á quien se representaba en la obra como una persona excelente. Durante años habían disfrutado de felicidad. Los dos hijos de ella — una hembra y un varón — eran pequeños cuando se efectuó la separación; ahora ya habían crecido, y durante todo este tiempo consideraron á aquel hombre como su verdadero padre; ella tenía unos diez y ocho años y él diez y siete. El supuesto padre les profesaba un afecto como si realmente hubieran sido sus hijos, y ellos correspondían á su cariño.

« La escena representaba la familia reunida á la hora de almorzar. La muchacha entra y se aproxima al que hace las veces de padre, quien va á darle un beso; pero el joven, que ha llegado á enterarse de todo, se interpone gritando: ¡No oséis tocarla! (*N'osez pas!*) ».

« Esta exclamación arrebató el teatro, y los aplausos estallaron por todos lados; Flaubert y los otros tomaron parte en ellos, y yo quedé disgustadísimo.

« ¡Cómo — dije después — esta familia era feliz! el hombre había sido mejor padre para esas criaturas que el suyo verdadero... y la madre lo quería y era dichosa á su lado... Este muchacho, mal educado y presa de extravío, sólo censura merece por lo hecho... Pero todo fué inútil. Discutí después con ellos durante horas enteras, mas ninguno logró comprenderme ».

Yo, aunque naturalmente estaba por completo de acuerdo con tales ideas, observé, sin embargo, que como sus relaciones eran principalmente entre la clase media, allí la diferencia de nación á nación es inmensa en verdad; en tanto que las mías se hallaban exclusivamente entre el pueblo, cuyo parecido, en particular al tratarse de los agricultores, es muy grande.

Al expresarme así, cometí, no obstante, un grave error, pues al

conocer más tarde y de modo más íntimo el carácter del trabajador francés, pensé á menudo en la exactitud de las referidas indicaciones. Media verdaderamente un abismo entre el concepto que se tiene en Rusia del matrimonio y el que predomina en Francia, lo mismo entre los trabajadores que en la clase media, y otro tanto ocurre al tratarse de otros asuntos entre el punto de la vista ruso y el de los otros pueblos.

Se ha dicho en alguna parte, después de la muerte de Turguéneff, que se había propuesto escribir una novela sobre este particular. Pero si la hubiera empezado, la escena recién referida se encontraría en el original. ¡Qué lástima que no lo hiciera! El, que era un verdadero « occidental » en sus modos de discurrir, pudo haber hecho muy profundas reflexiones sobre un asunto que tan directa y personalmente le afectaba.

De todos los novelistas de nuestro siglo, Turguéneff es ciertamente el que ha llegado á más altura como artista, y su prosa suena como una dulce armonía en los oídos rusos, música tan sublime y expresiva como la de Beethoven. Sus principales novelas — la serie de *Dmitri Rudin*, *El Retiro de un Noble*, *La Víspera*, *Padres é Hijos*, *Humo*, y *Suelo Virgen* — representan los principales caracteres históricos de las clases más ilustradas de Rusia, que se sucedieron rápidamente desde el 48; todos dibujados con tan completa concepción filosófica, conocimiento humano y hermosura artística, que no encuentra semejanza en ninguna otra literatura. Y, sin embargo, *Padres é Hijos* — novela que él, con razón, consideraba como su obra más importante — fué recibida por la juventud rusa con una ruidosa protesta, pues ésta declaró que el nihilista Bazaroff no era, ni con mucho, un verdadero representante de la clase, considerándolo muchos como una caricatura del nihilismo. Esta crítica afectó profundamente al autor, y aunque más tarde se efectuó una conciliación entre ambas partes en San Petersburgo, después de publicado *Suelo Virgen*, la herida que estos ataques le causaron no se cerró jamás.

El sabía por Lavroff que yo era un entusiasta admirador de sus obras, y un día, al volver juntos en carruaje de una visita al estudio de Antokolsky, me preguntó lo que pensaba de Bazaroff, á lo que contesté con franqueza: « Esa figura es un retrato admirable del nihilista, pero se percibe que no sentíais por él el mismo afecto que por los demás personajes ».

« Por el contrario, lo amo, lo quiero intensamente — replicó él con una energía inusitada —; al llegar á casa os enseñaré mi diario, en el que hallaréis anotado las lágrimas que derramé al terminar la novela con la muerte de Bazaroff ».

Era evidente que Turguéneff sentía cariño por el aspecto intelectual de Bazaroff, identificándose de tal modo con la filosofía nihilista de su héroe, que hasta llegó á llevar un libro de apuntes á su nombre, apreciando los acontecimientos del día según el criterio de Bazaroff. Pero, así y todo, creo que era mayor la admiración que el afecto que sentía por él.

En una brillante conferencia sobre Hamlet y Don Quijote, divide á los grandes escritores en dos clases, representadas por uno ú otro de estos dos caracteres. « Ante todo el análisis, después la incredulidad, y por consiguiente la falta de fe; un hombre vanidoso no puede creer ni

aun en sí mismo — así describía á Hamlet —, siendo, por consiguiente, un escéptico que jamás hará nada de importancia, mientras que Don Quijote, que pelea contra los molinos de viento y toma la bacía de un barbero por el mágico yelmo de Mambrino (¿quién de nosotros no ha cometido alguna vez el mismo error?), es un verdadero jefe de las masas, porque éstas siempre siguen á aquellos que, sin preocuparse de los sarcasmos de la mayoría ni tampoco de las persecuciones, marchan en línea recta hacia adelante, con la vista fija en una meta que tal vez sean ellos los únicos que la divisan. Estos hombres pueden caer buscándola, pero se volverían á levantar, y no pararán hasta encontrarla; lo que, dada su perseverancia, es ciertamente justo y natural. En cuanto á Hamlet, á pesar de ser un escéptico, como ya se ha dicho, y no creer en el Bien, no le sucede lo mismo respecto al Mal, por el que siente aborrecimiento. Este y el engaño son sus naturales enemigos; sin embargo, su escepticismo no es indiferentismo, sino duda y negación que, finalmente, concluyen por consumir su voluntad ».

Estas ideas de Turguéneff dan, en mi concepto, la clave que se necesita para poder apreciar bien las relaciones existentes entre él y los personajes de sus novelas. Dicho escritor, así como muchos de sus mejores amigos, pertenecían, de modo más ó menos encubierto, al tipo de Hamlet. Amando, pues, á Hamlet y admirando á Don Quijote, se entusiasmaba también con Bazaroff. El representaba la superioridad de éste perfectamente bien; comprendía el carácter trágico de su aislada posición, pero no le era posible circundarle de ese amor delicado que profesaba, como á un amigo enfermo, á sus héroes, cuando estos se acercaban al tipo de Hamlet. Eso no hubiera sido natural.

« ¿Conocisteis á Myshkin? — me preguntó una vez en el 78. Al verse el proceso de nuestros círculos, Myshkin se relevó como una gran personalidad. — Me gustaría poder apreciar todos los detalles de su existencia — continuó diciendo —. Ese es un hombre en quien no se encuentra la más leve traza de hamletismo ». Y al hablar así, es indudable que meditaba sobre este nuevo tipo del movimiento ruso, que no se conocía en la época que él escribió su *Suelo Virgen*, y que no apareció hasta dos años más tarde.

Lo vi por última vez en el otoño del 81. Se hallaba muy enfermo y atormentado por la idea de que debía escribir á Alejandro III — que acababa de subir al trono y vacilaba respecto á la política que había de seguir — pidiéndole que diera á Rusia una constitución, demostrando con una sólida argumentación la necesidad de ese paso.

Con profundo pesar me dijo, refiriéndose á dicho asunto: « comprendo la necesidad de hacerlo, pero veo que no me va á ser posible realizarlo ». En efecto, ya entonces sufría intensos dolores ocasionados por un cáncer en la espina dorsal, costándole gran trabajo hasta el sentarse y conversar por breves momentos. No pudo, pues, hacer lo que deseaba, y algunas semanas más tarde hubiera resultado inútil, porque el nuevo emperador había anunciado en un manifiesto su intención de seguir siendo el jefe absoluto del país.

VII.

Entre tanto, los asuntos de Rusia tomaron un nuevo giro. La guerra empezada contra Turquía en el 77 terminó entre el disgusto general. Antes de que aquélla estallara había en el país un gran entusiasmo á favor de los oprimidos eslavos; muchos también creían que una guerra de emancipación en los Balkanes daría por resultado un movimiento de avance en dirección del progreso en la Rusia misma. Pero la liberación de las referidas poblaciones sólo se efectuó de un modo limitado.

Los tremendos sacrificios hechos por el pueblo ruso resultaron estériles, debido á las torpezas de los altos jefes militares. Centenares de miles de hombres habían sido sacrificados en batallas que sólo fueron victorias á medias, y las concesiones arrancadas á Turquía vinieron á quedar en nada en el Tratado de Berlín. Sabiéndose igualmente por el país en general que la malversación de los fondos públicos había sido casi tan grande en esta guerra como en la de Crimea.

Y precisamente en ese momento de disgusto general por que atravesó Rusia en el 77, fué cuando ciento noventa y tres personas, presas desde el 73, relacionadas con nuestra agitación, aparecieron ante los tribunales.

Los acusados, defendidos por varios abogados de talento, conquistaron desde el primer momento las simpatías del público, causando una impresión muy favorable en la sociedad de San Petersburgo, y cuando se llegó á saber que la mayoría había pasado tres ó cuatro años de prisión preventiva, y que no bajaban de veintiuno los que habían perdido la razón ó apelado al suicidio, creció más aún el sentimiento despertado en su obsequio hasta en los magistrados mismos. Las sentencias fueron graves para los menos, relativamente, y leves para los demás, basándose en el largo tiempo que todos habían estado de causa, lo que por sí sólo constituía un duro castigo, al que nada en justicia era dado agregar.

Todo el mundo confiaba que el emperador mitigaría aún más las condenas; pero se vió con gran sorpresa que lo contrario fué lo que sucedió. Aquellos que habían sido absueltos por la Audiencia fueron desterrados á remotas regiones de Rusia y Siberia, imponiéndole de cinco á doce años de trabajos forzados á los que habían sido condenados á algunos meses de correccional. Esto fué obra del general Mezentroff, jefe de la Sección Tercera.

Al mismo tiempo que eso sucedía, el general Trépoff, jefe de policía de San Petersburgo, al notar en una de sus visitas á la prevención, que uno de los presos políticos llamado Bogaluhoff, no se había quitado el sombrero para saludar al omnipotente sátrapa, se arrojó sobre él, le golpeó, y al ver que se defendía, ordenó que le azotaran. Los demás presos, al enterarse en sus celdas de lo que ocurría, expresaron ruidosamente su indignación, á consecuencia de lo cual fueron terriblemente apaleados por carceleros y policías. Los presos políticos rusos soportan sin murmurar todas las penalidades impuestas sobre ellos, pero todos se hallan resueltos á no tolerar castigos corporales.

La joven Vera Zasúlich, que ni aun de vista conocía á Bogaluhoff,

cogió un revólver, buscó al jefe de policía y le pegó un tiro, no haciendo más que herirle. Alejandro II contempló á la heroica joven, que debió impresionarlo, tanto por su dulce semblante como por su modestia. Eran tantos los enemigos que tenía Trépoff en San Petersburgo, que aquéllos consiguieron se viera la causa ante el jurado, declarando ella al tribunal que sólo había acudido á la violencia después de agotados todos los medios para hacer público lo que pasaba, y obtener alguna especie de satisfacción. Hasta el mismo corresponsal del *Times*, de Londres, á quien se había pedido diera cuenta del suceso en su publicación, se negó á ello, tal vez por considerarlo improbable. Entonces fué cuando, sin dar parte á nadie de sus intenciones, intentó matar á Trépoff, y ahora que el suceso se había hecho del dominio público, se alegraba no hubiese tenido más graves consecuencias. El jurado la absolvió por unanimidad y cuando la policía trató de volverla á detener al salir de la Audiencia, los jóvenes de la capital, que se hallaban agrupados á sus puertas, la libraron de caer nuevamente en las garras de aquélla. Después marchó al extranjero, y pronto se vió entre nosotros en Suiza.

Este acontecimiento produjo una gran sensación en toda Europa. Yo estaba en París cuando llegó la noticia de la absolución, y habiendo tenido que ir aquel día á las redacciones de varios periódicos, encontré á sus directores radiantes de entusiasmo, escribiendo inspirados artículos en honor de la heroína. Hasta la sesuda *Revue des Deux Mondes* manifestó en su revista del año que las dos personas que más impresionaron la opinión pública en el 78 fueron el príncipe Gortchakoff, en el Congreso de Berlín, y Vera Zasulich, cuyos retratos aparecieron uno al lado del otro en varios almanaques. La impresión que en los trabajadores de Europa produjo la abnegación de esta valerosa joven fué tremenda.

Algunos meses después, sin que fueran el resultado de una conjuración, se realizaron, aunque sin resultado, cuatro atentados contra cabezas coronadas en corto intervalo. El trabajador Hoedel y el doctor Nobiling hicieron fuego contra el emperador de Alemania; pocas semanas después, un trabajador español, llamado Oliva Moncasi, intentó hacer lo mismo con el rey de España, y el cocinero Passanante se lanzó cuchillo en mano sobre el de Italia.

Los gobiernos de Europa no podían creer que tales atentados contra la vida de tres reyes hubieran podido ocurrir sin tener como origen una conspiración internacional, deduciendo de ahí que la Federación del Jura y la Asociación Internacional de Trabajadores eran las responsables. Más de veinte años han pasado desde entonces, y puedo afirmar de modo incuestionable que semejantes suposiciones carecen por completo de fundamento. A pesar de lo cual, todos los gobiernos europeos hicieron cargos á Suiza, reprochándole el dar abrigo á los revolucionarios que fraguaban tales empresas. Pablo Brousse, el director de nuestro periódico del Jura, *La Vanguardia*, fué detenido y procesado. Al ver los jueces suizos que no había ni el más ligero pretexto para complicar á dicho amigo ó á la mencionada Federación en los referidos acontecimientos, lo condenó únicamente á dos meses de cárcel por los artículos denunciados; pero la publicación fué suprimida, y el gobierno federal indicó á todos los establecimientos tipográficos del país la conveniencia